

Al pie de la Cruz

Agrupadas en torno de la cruz de Jesucristo van sucediéndose unas á otras las generaciones desde hace diecinueve siglos; y aun cabe decir que las que precedieron á la horrorosa tragedia del Calvario desde el origen de la humanidad fueron acercándose cada vez más á la colina en la cual el Dios humanado había de llevar á feliz término el gran misterio de la redención de los hombres. Jesucristo es, por consiguiente, el centro donde convergen todos los siglos, el ímán que atrae las miradas de los hombres todos, cualesquiera que hayan sido y sean actualmente sus condiciones, ideas y sentimientos. Sí; porque nuestro dulcísimo Redentor ha tenido siempre y tendrá hasta el fin de los siglos amadores y enemigos; pero jamás ha habido ni habrá para él corazones indiferentes. Ya mucho antes que apareciera en la tierra, cifraban los pueblos en su venida el remedio de los males bajo los cuales se arrastraban en medio de convulsiones horribles; mas como fuera del pueblo hebreo habíase adiferado las tradiciones enseñadas al género humano en su misma cuna, servíase el ángel rebelde de la espantosa ignorancia y abyectas pasiones de los hombres para hundirlos en la sima de los más repugnantes errores y costumbres; y si bien los poetas y los filósofos de la gentilidad descorrian algo el velo para que los hombres pudieran vislumbrar de lejos al Mesías prometido por Dios un instante después de la prevaricación primera, íbanse los pueblos haciéndose cada vez más enemigos de la Verdad y de la Virtud, que habían de tener su cabal y perfecta personificación en el divino Enviado, abismándose en el cenagal de nefandos excesos en la misma proporción que los filósofos y poetas desmentían con la torpeza de costumbres las ideas que en sus escritos solían profesar acerca de un Dios salvador del género humano.

Pero este amor y este odio no llegaron á su complemento hasta que en la cumbre del Gólgota hubo expirado la Víctima divina en expiación de los pecados de todo el mundo. Desde entonces viene repitiéndose á través de los siglos aquella escena tremebunda que presenció Jesús agonizante. Al pie de la Cruz se hallaba la Madre divina junto con el apóstol predilecto y unas piadosas mujeres, deplorando el deicidio con el corazón traspasado por dolor intensísimo y abrasándose en amor por el divino Ajusticiado; y al pie de la Cruz agitábase en las convulsiones del odio, inspirado por Satanás, la turba de fariseos causantes de la horrible ejecución, insultando con blasfemias y sarcasmos al mansísimo Cordero, que quita los pecados de la humanidad, mientras estaba rogando por sus verdugos. Subía hasta Jesús expirante el aromoso incienso del amor y de la adoración por su caridad infinita con los hombres, y subía hasta Jesús expirante el vaho inmundado del odio y de la blas-

femia por su victoria sobre las potestades del Averno. Subió hasta Jesús expirante, ardiendo en amor, el corazón de las primicias de su Iglesia y subía hasta Jesús expirante, negro por el rencor y la envidia, el corazón de las primicias de la Sinagoga de Satanás. Subió... y ha subido, y sube, y subirá hasta la consumación de los siglos. Y continuará subiendo eternamente, aún después del universal juicio, cuando los adoradores de Cristo hayan recibido la aureola de la inmortalidad bienaventurada en cuerpo y alma, y se hayan hundido sus insensatos perseguidores en la mansión horrible de los ardores sempiternos, donde, retorciéndose de impotente rabia, bramarán de coraje por el triunfo definitivo de la Cruz sobre todas sus maquinaciones y protervias.

Sí, desde la muerte del Justo vese dividida la humanidad consciente en dos campos de batalla, el campo del amor divino y el campo del odio luciferino: la neutralidad no aparece en parte alguna. Todo el mundo al pie de la Cruz, ó depositando en ella el ósculo del amor y del sacrificio, ó acometiénola con furia para echarla por tierra. ¿No les dice nada á los enemigos de la Iglesia tan singular fenómeno? ¿No advierten que si la Cruz no fué más que el patíbulo de un hombre, no hay razón ninguna que se explique ese enardecido amor y ese odio fanático de diecinueve siglos, y que la hay completa para que toda la humanidad ó casi toda eche en olvido al patíbulo y al que en él acabó la vida? Bien lo quisieran ellos: que el mundo se olvidase de Jesucristo y de su Cruz; he aquí su sueño dorado; y sin embargo de tal deseo, á pesar de que algunos llegan á forjarse la ilusión de que la humanidad abandonó hace tiempo al divino Crucificado para no pensar más en él, ni ellos mismos pueden ir delante con el ejemplo, pues, mal que les pese, se ven forzados á pensar en Jesucristo, como lo demuestra su conducta de todos los tiempos con los seguidores del glorioso estandarte del Calvario, que sigue enhiesto aún y enhiesto continuará en la tierra para ser trasladado al cielo en el último de los días. Al pie de la cruz de Jesucristo empujaron desde Neron las tempestades de las pasiones y rugieron las fieras de los abismos, y se afilaron las cuchillas de los verdugos, y se agusaron las lenguas envenenadas de los sofistas, y se fraguaron proyectos insensatos de leguleyos; y los mismos instrumentos destructores se han venido empleando contra la Cruz hasta nuestros días calamitosos; pero la fuerza de todos los huracanes se ha estrellado y estrellará en adelante contra el frágil madero de aquella Cruz, porque al ser asentada en la roca viva del Calvario, cargada con la preciosa Víctima de nuestros crímenes y abominaciones, quedó convertida en trono inmovible de la augusta y omnipotente Divi-

nidad é invencible como ella. ¡Gloria, pues, á la Cruz vencedora y redentora!

II

Sí, redentora. La Cruz de Cristo quebrantó las hediondas cadenas en que se hallaba aherrrojada la humanidad desde su principio, cadenas ominosas, que nos unían al carro de fuego infernal, donde sentado el príncipe de las tinieblas recorría la tierra en báquico y estruendoso triunfo. La Cruz de Cristo nos devolvió el hermoso patrimonio de la verdadera libertad, igualdad y fraternidad que el soplo del Criador había comunicado á nuestros primeros padres y que éstos derrocharon miserablemente, seducidos con la vanísima esperanza de ser como dioses y condenados por ello con toda su descendencia á luchar sin tregua con los instintos de la bestia. ¿Cuál no ha de ser por consiguiente, nuestra gratitud por beneficios tan grandes? El pecado nos había quitado el cielo sin darnos la tierra, y Cristo por medio de la Cruz nos ha hecho dueños de la tierra y devuelto el cielo. El pecado nos hizo libres en apariencia y esclavos en realidad, y Cristo por medio de la Cruz nos ha librado de la muerte sempiterna y de la esclavitud de las pasiones, en lo cual consiste la verdadera libertad, sujetándonos á la ley de gracia con esclavitud de mera apariencia. El pecado nos esclavizó al más fuerte, y la Cruz de Cristo nos ha hecho dueños de nuestras potencias y sentidos. ¿Cuál no ha de ser, pues, repito, nuestra gratitud para con Jesucristo crucificado!

¿Qué menos podemos hacer que estar continuamente al pie de la Cruz y cobijarnos bajo su sombra con fervientes acciones de gracias y rendido y cordial tributo de adoración y de santas obras? En medio de las tempestades que rugen embravecidas como nunca y amenazan derribar la enseña gloriosa de nuestra redención, *stemus juxta Crucem*. La Cruz es invencible, es muy cierto; pero ¿lo seremos nosotros si nos apartamos de ella? Sin su benéfico influjo estamos perdidos para siempre. La sangre de la Redención, que mana de las llagas divinas, caerá sobre nuestros pechos y los fortalecerá para la lucha contra los enemigos de la Verdad; con tal que permanezcamos junto á la Cruz estrechamente unidos y practicando las virtudes evangélicas. Hemos de ser imitadores de los héroes y de los mártires; hemos de ser soldados aguerridos para combatir por la salvación de nuestras almas. ¿Cómo, sino empapándonos de la fuerza incontrastable que emana de la Cruz? Es hora de sacudir la apatía y el marasmo, cristianos; es hora de sacudir la somnolencia en que yacemos porque nos desviamos de la Cruz. A ella, pues, todos, en apretado haz, y Cristo reinará otra vez en los individuos y en las sociedades

X.

Reliquias de Ntro. Sr. Jesucristo

Se sacaron de Jerusalén los primeros años de la Iglesia las que se veneran en nuestros templos católicos.

La sábana santa en que fué envuelto el sagrado Cuerpo para sepultarle se venera actualmente en la ciudad de Turín, capital de Saboya.

Otros lienzo sepulcrales del Señor reverencia la ciudad de Besancon en Francia, y un trozo en el monasterio de Aquisgrán, en Alemania.

El sudario con que cubrieron la cabeza al Señor para sepultarle, dividido en partes, se venera en las iglesias de Toledo, Valencia y Oviedo, por dávida de San Luis, Rey de Francia.

El paño con que Cristo se limpió el sudor de Sangre en el Huerto, se muestra en el Santo Monte de Baviera.

El lienzo de la Verónica, en que Cristo dejó en tres dobles estampado su rostro en la calle de la Amargura, se venera en Roma, Jaén y antiguamente en Jerusalén.

Los clavos con que crucificaron á Cristo se conservan: uno en Tréveris, otro en San Dionisio de París, otro en Milán.

La corona de espinas fué á pasar á Constantinopla, de donde la obtuvo el Emperador Balduino, San Luis, Rey de Francia, el año 1233, juntamente con algunos paños de la infancia del Salvador, y lo colocó todo en la iglesia de Santa María de París, donde se adora todos los Viernes Santos.

Una de las espinas de dicha corona envió el mismo santo Rey, y el mismo año á la ciudad de Pui; otra á Toledo en 1242, y otra á Valencia en 1256, como consta de la carta del mismo santo.

Otra espina, teñida de Sangre, se guardaba en el Real monasterio de Valdecris de Monjes Cartujos cerca de Segorbe.

Un pedazo de corona, con cinco espinas, se venera en la ciudad de Valencia en el precioso relicario del Colegio del Beato Patriarca, las cuales se vieron otra vez teñidas de Sangre el Viernes Santo de 1584. La toalla, ó gran parte de ella, que sirvió en la mesa para la Cena Común y Eucaristía, se venera en Pui y Viena.

La de la Cena pascual, en Lisboa, y parte de la toalla, con que enjugó Cristo los pies á los Apóstoles, en Valencia.

El plato que sirvió en la Cena de la eucaristía para poner el Pan consagrado, se venera en Troyes (Francia).

Alguno de los cabellos de Cristo, que quedaron en el peine, se veneran también en Troyes.

La escudilla con que la Virgen Madre suministraba la comida al divino Infante guárdala la ciudad de Pui (Francia).

La faja con que la Virgen María envolvía el cuerpecito del Niño Dios se muestra en parte en Santa María la Mayor de Roma, parte en Oviedo y parte en Duay.

Una camisita de lino, que sirvió al niño Jesús, se venera entera en Valencia. Otra hay en Roma en San Juan de Letrán.

El ástil de la lanza con que Longinos abrió el costado de Cristo, parte está en Roma y parte en París.

De la vestidura de púrpura que le puso á Cristo Herodes Antipas tratándole de loco, hay buenas porciones en las ciudades de Arras, Oviedo y Valencia.

La esponja con que dieron á Cristo hiel y vinagre, una parte se venera en la iglesia de San Juan de Letrán en Roma, otra en París y otra en Basacon. El Emperador Balduino la había dado primero á los venecianos.

De la túnica inconsútil talar y violada que Cristo llevó toda su vida, se veneraba una gran parte en Salamanca, en el convento de Santo Espiritu, y lo demás en Tréveris.

El cingulo con que la ceñía, también violado, en la iglesia de Vegantina, dávida de Teodorico II.

Del palió ó manto de Cristo, que era morado obscuro, había un pedazo en la iglesia de Valencia y en la Cartuja de Santa María de Arriaga, Diócesis de Valladolid.

Debido á la solemnidad del día de hoy, mañana no aparecerá EL NORTE.

Religiosas

Santa Iglesia Catedral Basílica.—Hoy á las 9, canto de Prima, Tertia, Sexta y Nona. Después el oficio solemne, celebrando nuestro Ilmo. Sr. Obispo Doctor de Pol, verificándose, durante los divinos oficios, la Consagración de los Santos Oleos.

Después del oficio, con asistencia del Ayuntamiento, será trasladado procesionalmente el Santísimo Sacramento al Monumento, verificándose acto seguido el despojo de altares. Seguidamente rezo de Vesperas y después el *Mandato ó Lavatorio*, predicando en este acto el Rdo. P. Ferrer, jesuita.

A las 3 de la tarde, rezo de Completas, Maitines y Laudes solemnes.

Viernes Santo.—A las 9 y media de la mañana, después del rezo de las Horas Canónicas por el Cabildo, comenzará la misa de presantificados con *Passio* á canto gregoriano, celebrando pontifical el Ilmo. Sr. Obispo. Se descubrirá y adorará la Vera Cruz, luego tendrá lugar la procesión para retirar del Monumento á S. D. M.—Después de las ceremonias religiosas el Cabildo Catedral con el Excelentísimo Ayuntamiento, se trasladará á la capilla de San Narciso de la ex-colegiata de San Félix para visitar el sepulcro del Santo Patrón de Gerona. Por la tarde rezo del Cabildo.

Sábado Santo.—A las 7 y media de la mañana, comenzará el Cabildo el rezo de las Horas Canónicas, siguiendo después las ceremonias litúrgicas de la bendición del fuego, agua, incienso y cirio pascual. A continuación, oficio de Gloria celebrando el Arcepreste Muy Ilustre Doctor Mariano Velo.

La parte musical de todas estas funciones, á cargo de la Capilla de la Catedral que dirige el maestro Rué.

Iglesia de San Félix.—Hoy á las 9 y media, rezo de las horas canónicas, oficio solemne, traslado del Santísimo á la urna del Monumento y despojo de los altares.

A las 3 y media de la tarde, Rezo de Completas, Maitines y Laudes.

Viernes Santo.—A las 6 de la mañana sermón de Pasión llamado de la «bofetada» por el Rdo. P. Arquer, misionero del P. é I. Corazón de María, después del cual se hará la colecta ordenada por S. S. para los Santos lugares de Jerusalén. A las 9 y media, después del rezo de la Rda. Comunidad, misa de Presantificados, *Passio*, adoración de la Cruz y procesión para retirar al Santísimo del Monumento. A las 12 la Archicofradía de la Pasión y Muerte de N. S. J. celebrará los piadosos ejercicios de las Tres Horas de Agonía, predicando las Siete Palabras el Rdo. Ldo. D. Ignacio Piera, alternando con motets que cantará la Capilla de la Catedral. A las 3 y media rezo como el día anterior. A las 6 y media



